CANTO TERCERO.

AMOR DE MADRE.

Si sol es vuestro esplendor,
Jirasol la dicha mia:
Si norte vuestra porfía,
Piedra imán es mi dolor;
Si es imán vuestro rigor,
Acero mi ardor severo;
Pues ¿cómo quedarme espero,
Cuando veo que se van;
Mi sol, mi norte y mi imán,
Siendo flor, piedra y acero?

CALDERON DE LA BARCA.

CANTO TERCERO.

AMOR DE MADRE.

Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el yelo,
Sembró de flores el desierto suelo.
LOPE DE VEGA.

Era la bella María
Hija de la tierna Sara,
Cristiana amorosa y pia,
A quien por su virtud clara
La Santa el pueblo decia.

Santa, sí, porque en el mundo
Sufrió cual nadie ha sufrido,
Sin que en su mal sin segundo,
Exhalase un ¡ay! profundo
Ni se la oyese un gemido.

Pero lo que por valor
Pasa en ella y por aliento,
No era mas que el postramiento
Que sigue al largo dolor
Que nos deja sin aliento.

Era que estaba del alma
La energía consumida
Por tanta pena sufrida:
Era una engañosa calma
Sobre la pena escondida.

Hay séres que en pié persisten
Tras eterno padecer;
Mas no debemos creer
En su fuerza y su poder,
Porque en realidad no existen.

Son lo mismo en su existencia
A los árboles heridos
Del rayo á la violencia
Que tan solo en la apariencia
Están sanos y fornidos.

Mas que el empuje menor
De naturaleza airada,
Basta á echarlos en rigor,
Pues la médula quemada
Dejó el rayo abrasador.—

Durante la época impía
Del crüel Nominiciano,
En la que á todo cristiano
A muerte se perseguia
Con un furor inhumano;

Anai, el esposo amante
De Sara, y cristiano fiel
Como su esposa constante,
A muerte horrenda y crüel
Fué sentenciado al instante.

Y con dos hijos amados,
Que eran su delicia entera,
Llevado fué á la ancha hoguera
Do los tres fueron quemados
Por tener fé verdadera.

Sara, en su inmenso sufrir,
Creyó que iba á ser quemada;
Pero estaba embarazada,
Por lo cual fué perdonada
Cuando ella pensó morir.

Mas la hicieron presenciar
Aquel martirio espantoso;
Y vió á sus hijos quemar,
Y vió quemar á su esposo
Sin poder hasta él volar.

A su esposo y á sus hijos
Que con fiel resignacion
Sufrian males prolijos,
Teniendo los ojos fijos
En la celeste mansion.

En aquella mansion pura
Donde dentro de un momento
Iban á hallar la ventura
En premio de su tormento
Y en cambio de su amargura.

002855

Acabado el sacrificio,
Lleváronla á una prision
Sin ver que la honda afliccion
Casi la quitaba el juicio,
Cual la paz del corazon.

Y allí en medio del dolor
Que su fiel alma oprimia,
Dió á luz al octavo dia,
A la que es todo su amor;
A la cándida María.

A la flor pura, inocente,
Del sol oculta á la luz
Y del campo al dulce ambiente:
Mas velada por la cruz
Donde espiró un Dios clemente.

Allí la madre afligida
Cuidaba del fruto tierno
Que consolaba su vida,
Y le rogaba al Eterno
La velase con su egida.

¡Infeliz Sara! temblaba
Que á la hoguera la llevasen
Y de su hija la apartasen,
De su hija á quien tanto amaba,
Y á odiar su fé la enseñasen.

Mas pronto por la piedad
De aquel Dios de bendicion,
Cesó la atroz crueldad;
Y Sara de su prision
Salió al punto en libertad.

Y aquellos sitios regados
Con la fiel sangre inocente
De su esposo é hijos amados,
Abandonó diligente
Por otros menos manchados.

Y se refugió á Gedora,
Ciudad que el cielo engalana
Con celaje azul y grana,
Y do el justo pueblo adora
La fiel religion cristiana.

Diez y seis años hacia
Que allí con ardiente amor
Y en dulce quietud vivia
Con su hija tierna María,
Que era su dicha mayor.

Allí con fervor interno
Es do la enseñaba á amar
Al Divino Sér Eterno,
Padre bondadoso y tierno
Que á nadie suele olvidar.

Y allí es donde á Dios pedia
De rodillas, con ternura,
En la noche y en el dia,
Que el cáliz de la amargura
Nunca acercase á María.

—Estoy, decia, Señor,
Cansada del sufrimiento,
Y con fuerzas no me siento
Ni con bastante valor
Para otro fatal tormento.

Déjame el único bien
De cuanto tuve en la tierra:
Tu alta justicia detén,
Que es María mi sostén,
Y en ella mi amor se encierra.

Miré á mis hijos morir
Con resignacion cristiana;
Mas soy demasiado anciana,
Y hoy no podria sufrir
Otra prueba tan tirana.

Ten, Padre mio, clemencia,
De esta humilde pecadora
Que tu amor rendida implora:
Vela tú de la existencia
Del sér á quien mi alma adora.—

Así Sara al Infinito
Rogaba constantemente,
Y ante una cruz reverente
Donde estaba el Sér Bendito,
Oraba fervientemente.

Nunca de su hija querida
Se habia allí separado,
Y velaba con cuidado
De ella, como el que ha pasado
Muchas penas en la vida.

Y yace ahora ante sus ojos
Muerta la hija de su amor;
Pálidos los lábios rojos
Que al sol causaran sonrojos,
Y la frente sin color.

Y este golpe la ha abrumado
Con su fuerza horrible, inmensa;
Y dos dias ha pasado
De su hija adorada al lado,
Cual sér que no ve ni piensa.

Y á no ser porque allí está
Anastasia, y todo cuida,
Hubiera á su hija querida
Faltádole todo ya,
Pues Sara está cual sin vida.

Se va silenciosamente
El fiel concurso aumentando;
Y las doncellas echando
Flores van con faz doliente
Sobre la muerta y rezando.

En la agua, otras, del Jordan,
La rama ya bendecida
Empapan con dulce afan,
Y de la que está sin vida
Ambos piés rociando van.

Mas luego una atroz señal
De pronta disolucion
Llega á aparecer fatal
En el rostro celestial
De la que fué á otra region.

Si; una mancha se divisa
Lívida ya de repente,
Sobre aquella hermosa frente
Muy mas pura que la brisa
Y que la luna esplendente.

Se aumenta con esto el llanto
Y el continuo suspirar;
Y Getira en tal quebranto,
Sale entre tormento tanto
De la estancia sin hablar.

Va á ver á los encargados
De las exequias veloz.
Mientras al llanto entregados
Quedan otros desdichados
Y rezando á media voz.

Pero Anastasia la fiel
Para el momento alejar
Triste, horroroso y crüel
En que se deba entregar
A la tierra el cuerpo aquel,

Cubre el lecho con mil flores,
Y rocía el cuerpo amado
Con aceite perfumado,
Cuyos divinos olores
Han el hedor disipado.

Agita el aire y renueva
Que se condensa al redor
De aquel lecho del dolor,
Y flores de nuevo lleva
Que difundan grato olor.

Y las lámparas atiza
Cuya luz ya se consume,
Y la lumbre vigoriza
De trípodes do el perfume
Arde, y cuyo olor hechiza.

En esto los tañedores
De músicos instrumentos,
Al sitio do los lamentos
Se esparcían por los vientos,
Entraron pisando flores.

Arpas de diez cuerdas llevan,
Sistros de luto vestidos,
Plantas de tristes sonidos
Para que al tocar conmuevan
A los que están afligidos.

Síguenles, sin alboroto,
Niños de voces divinas,
Y doncellas peregrinas
Que llevan de flor de loto
Coronas bellas y finas.

Todos van con dulce amor
Y con alma tierna y pía
A ponerse al derredor
Del lecho do está María,
Cual tronchada y blanca flor.

Y dispónense á elevar
Cantos que han de preceder
A las exequias sin par
Que se deben celebrar
Por la que dejó de ser.

Porque en el cristiano culto,
Al principio se observaban
Muchos usos de gran bulto
Del judaico, sin insulto
Del Dios á quien adoraban.

Pues en la celebracion
De los misterios divinos,
Solo habia variacion
Que observaban todos finos,
Con ferviente corazon.

Algunos arpejios suenan
Con tristeza que enternece;
Y no bien ellos resuenan,
Cuando Sara se estremece
Por que de dolor la llenan.

Tódas las miradas luego
Vuélvense hácia ella allí:
Tiende Sara con sosiego
Su vista al redor de sí,
Y el canto empieza y el ruego.

CANTOS FUNEBRES.

LAS DONCELLAS.

El llanto al ver del miserable suelo
Do solo espinas contempló y abrojos,
Alzó la vírgen los radiantes ojos
Cual ángel santo al esplendente cielo.

Y viendo el cielo en apacible calma,
Y hermoso, y puro, y trasparente y bello,
Erguida alzando su nevado cuello,
Quiso á la gloria remontar el alma.

Sus castos ojos con amor cerremos,
Que era entre todas la muger mas pura,
Y su sepulcro donde el sol fulgura,
Con llanto amargo de dolor reguemos.

Flores de Sááron dulces como ella,
Que al verla abristeis vuestro cáliz tierno;
Límpidas fuentes de murmurio eterno
Que espejo fuísteis de la amante bella:

Altas palmeras que agradable sombra
La dísteis siempre con placer y amores,
Campo esmaltado de fragantes flores
Que la prestábais matizada alfombra:

¡Llorad cual llora inconsolable y triste
El pueblo entero en tan funesto dia!....
¡Llorad, llorad, que la infeliz María,
La amiga tierna y nuestro bien no existe!....

EL CORO.

Dios á sus siervos de temor ha herido,
Y éstos sus frentes con respeto inclinan,
Y por la tierra del dolor caminan
Tristes llorando su placer perdido.

¿Quién decir puede, en tan fatal momento,
"*Mio es el dia,*" cuando ve segada
La juventud sobre la tierra airada,
Cual hoja seca que arrebata el viento?....

¿Quién decir puede, "sin temor gocemos
De la dichosa y placentera suerte
Porque está lejos la funesta muerte
Y nada de ella que temer debemos?"....